
La politización de las feromonas

Antonio Lazcano Araujo

Para Ana Luisa Liguori y Marta Lamas

Domingo a domingo, fieles a un calendario regido por la memoria colectiva y por la posibilidad del descanso laboral, las muchachas de Satélite y Atzacapotzalco, las sirvientas de zapatos nuevos y vestidos de colores eléctricos, la piel brillante gracias a las dosis generosas de Crema Nivea, se dan cita en la Plaza de Tacuba. Se ríen recargándose unas en otras y se toman de la mano, hablando con sus lenguas de pajaritos, mientras en torno suyo, formando grupos entre audaces y tímidos, los muchachos, los obreros, los soldados de casquete corto, los mozos, giran siguiendo el ritmo silencioso de un cortejo ritual, sonríen, se acercan, bromean, son rechazados, son aceptados. Es como un cuadro de Guzaguin: las pieles morenas, las enormes cascadas de pelo negro, los colores brillantes, los ojos iluminados por el deseo, en una atmósfera de una sensualidad que apenas si alcanza a ser contenida por la hora y el sitio.

Al igual que ocurre en otras especies animales, nuestra conducta sexual está regida y estimulada por un sinnúmero de señales en donde los olores y los perfumes acompañados de gestos sexuales, el despliegue de colores y de ornamentos juega un papel esencial en la reproducción. ¿Hasta qué punto es legítimo comparar la conducta sexual de nuestra especie con los cortejos de los peces, los pavos reales, las cebras o los tlacuaches pintos? Responder a esta pregunta no es una tarea fácil. Es cierto que muchos gustan de señalar las similitudes que existen entre la conducta humana y la de otras especies de mamíferos como una evidencia del origen evolutivo, es decir, biológico, del orden humano. El ejemplo obvio: la predominancia de los machos entre muchas especies animales justifica, ante los ojos de algunos, la opresión “natural” de la que son víctimas las mujeres.

Sin embargo, antes de entusiasmarse con las posibilidades epistemológicas que estas comparaciones implican hay que señalar dos puntos importantes. En primer lugar, las descripciones científicas de los fenómenos naturales, especialmente aquellos que afectan de manera directa la comprensión de la naturaleza humana, suelen estar plagadas de prejuicios que se han ido modificando a lo largo de la historia. En segundo lugar, quienes nos dedicamos al estudio de la evolución sabemos que a menudo características, similares en diferentes especies no implican un origen común, sino un fenómeno de convergencia. El cuidado que una madre humana brinda a sus hijos es, por ejemplo, de naturaleza totalmente diferente al que una perra le brinda a sus cachorros, aunque la imagen de esta última sirva como anuncio para las ofertas del 10 de mayo.

Nuestra especie está estrechamente relacionada a los gorilas y a los chimpancés. Desde un punto de vista genético sabemos que nuestra especie y los chimpancés se parecen en un 99% (basta asomarnos brevemente a la anatomía de los guaruras de cualquier político para darnos cuenta de que en muchos casos la similitud puede ser aún mayor). Es evidente, por lo tanto, que podemos comprender mucho mejor nuestros orígenes estudiando la conducta de los simios. Sin embargo, desde varios años atrás los biólogos se han dado cuenta de los prejuicios antropocéntricos con los que se ha descrito el comportamiento de otras especies animales. Por ejemplo, solemos hablar de las jerarquías en las manadas de simios a partir de un macho dominante, el alfa, que desplaza a otros de menor jerarquía, los beta, en el momento de comer o de reproducirse. Pero Lee Drickamer, del Williams College, ha demostrado que en muchas ocasiones los investigadores definen como macho dominante al chango más conspicuo o exhibicionista, e Irwin Berstein, del Yerkes Primate Research Center, ha insistido en las insuficiencias metodológicas de los conceptos de jerarquía que se aplican al estudio de grupos animales, que con frecuencia son observados en condiciones de cautiverio completamente artificiales. Cuando Bernstein estudió con técnicas bioquímicas las relaciones familiares en una manada de monos rhesus, se encontró con que los machos no dominantes ni agresivos tenían más hijos que los alfa. Solíamos pensar que las monas giraban solícitas en torno a los antojos del macho alfa, sólo que en los últimos años hemos descubierto, que las hembras gozan de una enorme libertad sexual de elección y se cruzan alegremente con los simios con los que les da la gana, ajenas por completo a las restricciones que les impone el alfabeto griego.

La conducta de los machos dominantes de otros grupos animales, como los peces tropicales, es mucho más difícil de generalizar a los humanos. Cuando existen demasiados machos y la competencia por la reproducción es complicada, a los peces macho sólo les queda un recurso: el de su transformación en hembras. El mundo de los animales es mucho más complejo de lo que solíamos imaginar: las leonas son bastante promiscuas, no es fácil distinguir a una hiena hembra de un macho, el homosexualismo es un fenómeno frecuente entre las vacas, muchas lagartijas mexicanas se reproducen sin necesidad de machos, los ornitorrincos son víctimas del maltrato de las hembras de su especie, y los caballitos de mar son padres ejemplares (hasta que se hartan de su papel paradigmático y se comen a sus crías).

Nadie puede negar el valor didáctico de las Fábulas de Esopo y de La Fontaine, pero la conducta humana no se puede explicar en términos analógicos tan directos. El cortejo y la fecundación en las chinches, los zorillos y los rinocerontes son actos extraordinariamente violentos que suelen dejar a las hembras en estados lastimosos. Pero ello no significa que la violencia sexual en contra de las mujeres y los niños tenga raíces biológicas. En primer lugar, en los humanos la violación no es un acto sexual; es una agresión. En segundo lugar, como señaló hace algunos años Peggy Reeves Sanday, una antropóloga de la universidad de Pennsylvania, el análisis de diferentes culturas ha demostrado que la violencia contra las mujeres depende, entre otras cosas, del status social de éstas, de la relación social entre los sexos, y de las conductas que son enseñadas a los niños.

Al igual que ocurre con las abejas y las cigüeñas, los humanos somos una especie diótica, es decir, nuestra reproducción requiere de la participación de dos individuos que difieren entre sí en una serie de características morfológicas, fisiológicas y conductuales que por lo general, nos permiten distinguir con cierta facilidad a un sexo del otro. Esta no es una ley biológica inexorable. Por ejemplo, existen microorganismos en donde la vida erótica, aunque minúscula, presenta muchos atractivos: ¡existen 16 sexos diferentes! Es relativamente fácil diferenciar a una gallina de un gallo, o a una vaca de un toro. Tampoco es tan difícil —a pesar de las excusas *a posteriori* de muchos machos probados— distinguir a una mujer de un hombre. Como entre muchos animales, las profundas diferencias que existen entre los machos y las hembras de nuestra especie reflejan una secuencia de adaptaciones que han ocurrido a lo largo de millones de años de evolución biológica. Pero no nos

olvidemos que las mujeres son más mujeres que los hombres, hombres. Mientras que ellas poseen la pareja cromosómica XX, nosotros somos XY: por algo todos los machos de nuestra especie poseemos pezones.

La descripción científica de las similitudes y las diferencias entre los sexos no ha servido para promover la igualdad entre los seres humanos. El conocimiento biológico de nuestra especie no ha sido una fuente de liberación de las mujeres ni de las minorías (minusválidos, indígenas, homosexuales, bisexuales), sino que se ha convertido en un poderoso instrumento de opresión, engalanado con la pretensión de lo científico. Por ejemplo, es bien sabido que el cerebro femenino pesa menos que el de los hombres, lo que sirvió en el siglo XIX como un argumento biológico para justificar la opresión a las mujeres, que se vieron destinadas a ocupar el mismo nicho social que los niños de raza blanca, los adultos de las llamadas razas inferiores, y los animales. En 1879 un destacado antropólogo francés escribió que "...entre las razas más inteligentes, como la de los parisinos, existe un gran número de mujeres cuyos cerebros tienen un tamaño más parecido al de los gorilas que al de los cerebros masculinos más desarrollados". Lejos de promover una situación de igualdad, las ciencias de la biología y la antropología adecuaron la interpretación de sus resultados al orden existente; en 1869 James McGregor Allen declaró ante la Sociedad Antropológica de Londres que: "durante la menstruación las mujeres no pueden realizar ningún esfuerzo físico o mental considerable. Sufren de una languidez y de depresiones que las descalifican para actuar o pensar, y es de dudarse hasta qué punto se pueden considerar como individuos responsables mientras les dura esta crisis. En las labores intelectuales el hombre ha superado, supera y seguirá siempre superando a la mujer, por la sencilla razón de que la naturaleza no interrumpe de manera periódica ni su pensamiento ni su dedicación". Pocos años después, Louis Irwill escribió que: "uno sólo puede estremecerse ante las conclusiones a las que una bacterióloga o una históloga pudieran llegar durante el periodo menstrual, en el que todo su sistema, tanto físico como mental, se encuentra dislocado, para no decir nada de los errores espantosos que una cirujana pudiera cometer al trabajar bajo condiciones similares". No existe ninguna diferencia entre estas ideas y las que escribió hace dos mil años Plinio el Viejo, cuando afirmó que la presencia de una mujer menstruante arruina el vino, seca las plantas, y provoca que las frutas se caigan con estrépito de los árboles, y basta su mirada para que los espejos se empañen, los cu-

chillos pierdan su filo, las abejas se mueran en masa y se oxiden los instrumentos de metal.

Estos no son prejuicios decimonónicos; hace unos diez años Edward O. Wilson, uno de los más importantes estudiosos de las sociedades animales y un destacado evolucionista, escribió que: "... en las sociedades de recolectores y de cazadores son los hombres quienes cazan y las mujeres quienes permanecen en el hogar. Esta tendencia persiste en casi todas las sociedades agrícolas e industriales, y por ello, parece tener un origen genético... Aun con educación idéntica y con iguales posibilidades de acceso a todas las profesiones, probablemente serán los hombres quienes continuarán jugando un papel de mayor importancia en la vida política, los negocios y la ciencia".

Sin duda alguna, nuestro comportamiento real y potencial está circunscrito por nuestra biología. Pero ello no significa que debamos ver a las feministas como a la reencarnación de las lagartijas partenogénicas. Como lo muestra el análisis histórico y la comparación de las distintas sociedades humanas, la diversidad conductual de nuestra especie es una evidencia clara de nuestra enorme plasticidad adaptativa. Nuestra herencia biológica no nos condena a seguir una sola dirección; por el contrario, nos permite exhibir una amplia gama de conductas a menudo determinadas socialmente como resultado de complejos procesos históricos.

En rigor, nuestra conducta sexual tiene una base biológica pero se expresa en términos culturales. Y si reconocemos que parte del orden sexual existente es de origen social e histórico, es fácil concluir que también su ruptura lo es. Quizás por ello ha sido durante las etapas más álgidas y frescas de las revoluciones, cuando aún no se establece plenamente el poder de las burocracias, cuando mayor libertad y frescura han podido alcanzar las relaciones sociales que determinan la conducta sexual de los humanos. Sin embargo, la conducta de la mayoría de los dirigentes revolucionarios no ha sido precisamente una prédica de la igualdad. Basta recordar el machismo de Lenin y el rechazo nada sutil que sufrió Alejandra Kollontay, el discreto silencio de Trotsky en torno a la libertad sexual, o los ataques de Kautzky, el ginecólogo desviacionista, en contra de la liberación sexual que Wilhem Reich preconizaba.

"La importancia que la revolución social atribuyó a la revolución sexual está expresada claramente en los edictos de Lenin que fueron proclamados el 19 y el 20 de diciembre de 1917, en donde se abolían las leyes y reglamentos que regulaban las relaciones entre hombres y muje-

res en detrimento de estas últimas”, escribió Reich a propósito de la revolución bolchevique. “Ambas leyes quitaron a los hombres el derecho a tener una posición dominante en la familia, le dieron a la mujer una absoluta autodeterminación sexual y económica, y mostraron que la mujer podía determinar de manera libre su nombre, domicilio y ciudadanía... De acuerdo con la tendencia soviética hacia la simplificación de la vida, la disolución de un matrimonio era mucho más fácil. Una relación sexual que aun era conocida como un 'matrimonio' se podía disolver con la misma facilidad con la que se había establecido. No era ya el Estado el que determinaba la relación de la pareja, sino la pareja misma. Si uno de ellos quería acabar con la relación sexual, ni él ni ella estaban obligados a proporcionar argumentos. El matrimonio y el divorcio se convirtieron en asuntos privados, y el principio de la 'culpa' o de la 'incompatibilidad' le era completamente ajeno al sistema jurídico de los Soviets.”

Los bolcheviques no tardaron, agrega Reich, en abolir las viejas leyes zaristas en contra de la homosexualidad, y en fomentar la educación sexual. Pero fue una fugaz primavera de libertad. En marzo de 1934 Kalinin, que no era precisamente un paradigma de la tolerancia, firmó un edicto en el que se prohibía y se castigaban los actos homosexuales masculinos, luego de una larga campaña en donde la homosexualidad se presentó como una “...manifestación de la degeneración fascista de la burguesía”. Cualquier similitud con lo que ha ocurrido luego en Cuba, China, Camboya o en la misma URSS, no es desde luego, mera casualidad, como tampoco es lo ocurrido, a una escala mucho más modesta pero no por ello menos represiva, en la mayoría de los partidos y las organizaciones de izquierda de nuestro país.

La abstención de la izquierda política mexicana no detendrá los impulsos eróticos, pero no está por demás insistir en que, a diferencia de la izquierda social, ha permanecido ajena a problemas como el de la opresión a mujeres, la lucha por los derechos de las minorías sexuales, el derecho al aborto o las campañas de la sociedad civil contra el SIDA. Pero algún día hasta los del PPS tendrán que aceptar, condón en mano, lo que Gerome Ragni y James Rado, los autores de “Hair”, hacen cantar a sus personajes:

Sodomía, fellatio, cunilingus,
 pederastia,
 Oye papá ¿por qué dicen que estas palabras
 son majaderas?

¡La masturbación puede ser divertida!
¡Únanse todos a la orgía sagrada!
¡Deseamos el Kamasutra, pero lo queremos ahora!